



IX

LA MAMITA

TRES veces por semana, llegada la noche, iba Pablo de Géry á recibir su lección de teneduría en el comedor de los Joyeuse, no lejos de aquel saloncito en que por vez primera se le había aparecido la familia; así que, mientras con la vista fija en su profesor de corbata blanca iba iniciándose en los misterios del «debe y haber,» oía, aun sin querer, tras de la puerta, el leve rumor de la velada laboriosa, no sin echar de menos la visión de tanta linda frente agachada bajo la lámpara. M. Joyeuse no decía una sola palabra de sus hijas. Celoso de sus hechizos, como dragón custodio de un castillo que encierra hermosa princesa; excitado por las imaginarias fantasías de su excesiva ternura, contestaba con bastante sequedad á las preguntas de su discípulo sobre «las señoritas,» á tal punto que el joven decidió no tocar más ese tema. Lo único que le extrañaba era no ver ni una vez tan sólo á aquella mamita cuyo nombre salía á relucir á cada paso en las conversaciones de M. Joyeuse, en los detalles más nimios de su

existencia, y que se cernía sobre la casa como el emblema de su acabada ordenación y tranquila marcha.

Tamaña reserva de parte de una venerable señora que, al fin y á la postre, tenía que haber salvado ya la edad en que son de temer las audacias de los jóvenes, parecíale un tanto exagerada. Pero las lecciones eran buenas, el profesor explicaba con mucha claridad, su método de demostración era excelente, y no tenía otro defecto que el de abismarse en frecuentes silencios, entrecortados de sobresaltos y de interjecciones que partían á modo de cohetes. Fuera de esto, era el más cumplido de los maestros, paciente, recto y entendido. Pablo aprendía á manejarse por entre el enrevesado laberinto de los libros de comercio, y se resignaba á no pasar de allí.

Una noche, á cosa de las nueve, en el momento en que el joven se levantaba para marcharse, M. Joyeuse le preguntó si quería honrarle tomando una taza de te en familia, una costumbre del tiempo de la pobre señora Joyeuse, Saint-Amand de soltera, que en vida recibía á los amigos el jueves. Desde que ella había muerto y habían venido á menos, los amigos se habían dispersado; pero subsistía la costumbre del modesto «extra hebdomadario.» Habiendo Pablo aceptado, el buen hombre entreabrió la puerta y llamó:

—Mamita...

Pasos vivos por el corredor, y tras ellos apareció un rostro de veinte años, orlado de cabellos negros, copiosos y finos. De Géry, estupefacto, miró á M. Joyeuse.

—¿Mamita?

—Sí, es un nombre que le pusimos de pequeñita. Con su gorrilla de encaje y su autoridad de hija mayor, tenía una figurita tan deliciosa, tan formal... Encontramos que se parecía á su abuela, y así le quedó el nombre.

El tono en que lo decía el buen hombre daba á entender que para él nada más natural que aquel título de persona mayor adjudicado á juventud tan atractiva. En la casa todos pensaban como él; y las demás señoritas Joyeuse que acudieron á reunirse con su padre, y la anciana sirvienta que trajo á la mesa del salón, á donde pasaron todos, una magnífica vajilla para te, resto de los

perdidos esplendores de la casa, todo el mundo llamaba Mamita á la joven, sin que ella se diese una vez tan sólo por resentida, como si el influjo de tan santo nombre imprimiese en el ánimo de los que por él la distinguían una deferencia que la halagaba en su autoridad ideal, una singular dulzura de protección.

Fuese por este título de abuela que desde muy niño había aprendido á querer, ó por lo que fuese, ello es que desde el primer momento de Géry encontró en ella un encanto indecible. En nada se parecía semejante impresión al golpe súbito que de otra recibiera en mitad del pecho, á aquella turbación en que entraban por igual las ganas de huir, de sustraerse á una posesión, y la persistente melancolía que deja el día siguiente de una fiesta, luces apagadas, cantilenas huídas, perfumes que absorbió la noche. No, ante aquella joven en pie, vigilando la mesa de familia, cuidando de que nada faltase, bajando hacia sus hijas, sus hijitas, la ternura activa de sus ojos, de Géry sentía viva comezón de conocerla, de ser antiguo amigo suyo, de confiarle cosas que sólo á sí propio se confesaba; y cuando ella le ofreció una taza sin ninguno de esos remilgos cortesanos ni de esas monerías de salón, de buena gana hubiera dicho como los demás un «gracias Mamita,» en el cual habría puesto el alma toda.

De pronto un campanillazo alegre y brioso puso en conmoción á todo el mundo.

—¡Ah! ahí está Andrés... Elisa, trae una taza... Yaya, los pastelillos.

Á todo esto, Enriqueta, la penúltima de las señoritas Joyeuse, que había heredado de su madre, de Saint-Amand de soltera, ciertos pujos cortesanos, al ver tanta afluencia aquella noche en los salones corrió á encender las dos bujías del piano.

—Tengo ya acabado el quinto acto... exclamó al entrar el recién venido; pero se detuvo en seco. «¡Ah! ustedes dispensen;» y su rostro, al reparar en el extraño, tomó una expresión algo contrariada.

M. Joyeuse les presentó el uno al otro: Pablo de Géry —Andrés Maranne, no sin cierta solemnidad.

Acudían á su memoria las antiguas recepciones de su

mujer; y las macetas de la chimenea, las dos gruesas lámparas, el veladorcito, los sillones puestos en círculo abri-llantados y rejuvenecidos por aquella insólita afluencia, parecía como que compartiesen la ilusión de su dueño.

—¿Conque está ya terminado el drama?

—Sí, M. Joyeuse, y pienso leérselo una de estas noches.

—Sí, sí: exclamaron á coro las jóvenes.

El vecino trabajaba para el teatro, y lo que era allí nadie ponía en duda su éxito. Así como así, la fotografía no prometía grandes beneficios. Los clientes eran muy escasos y los transeuntes no muy bien dispuestos. Á fin de no perder la costumbre y desenmohecer su flamante aparato, Andrés volvía á reproducir cada domingo la familia de sus amigos, la cual se prestaba á esos experimentos: la prosperidad de aquella fotografía suburbana y principiante era para todos cuestión de amor propio, y aun en las niñas engendraba esa confraternidad simpática que junta unos á otros los destinos ínfimos como los gorriones en el filo de un alero. Por lo demás, Andrés Maranne, con los inagotables recursos de su despejada frente, que rebosaba ilusión, explicaba sin hiel la indiferencia del público. Ora la temporada era desfavorable, ora tenía la culpa el mal estado de los negocios, pero él acababa siempre con el mismo estribillo consolador: «¡Cuando hayan representado mi *Revue*!» Era el título de su obra.

—De todos modos, parece extraño, dijo la señorita Joyeuse número cuatro, doce años, cabellos á la chinesca, parece extraño que se haga tan poco negocio teniendo un balcón tan bonito...

—Y además, que el barrio es muy de paso, añade Elisa.

La mamita le hace observar sonriendo que todavía lo es más el bulevar de los Italianos.

—¡Ah! si viviese en el bulevar de los Italianos... exclama pensativo M. Joyeuse, y hétele á escape en su hipógrifo parado á lo mejor por un ademán y por estas palabras que suelta de una manera lastimosa: «cerrado por causa de quiebra.» En un minuto el terrible soñador acaba de instalar á su amigo en una suntuosa habitación del bulevar, donde gana la mar de dinero; pero como sus gastos crecen en desproporción abrumadora, un «puf» for-

midable se traga en pocos meses fotógrafo y fotografía. Aquí de las risas cuando da esta explicación; pero en resumen dan todos por averiguado que si la calle de San Fernando es menos brillante, es en cambio más segura que el bulevar de los Italianos. Además está vecina al Bosque de Bolonia, y si al gran mundo se le antojase un día pasar por allí... Esta sociedad elegante, que con tanto ahínco buscaba su madre, es la idea fija de la señorita Enriqueta, y le extraña que la idea de recibir á la *high-life* en su desmedrada buhardilla le haga tanta gracia á su vecino. Y sin embargo, la semana anterior paró frente á la puerta un coche de librea. Y todavía hace menos que recibió una visita «muy campanuda.»

—¡Oh! nada menos que una gran señora, interrumpe la Mamita. Estábamos en la ventana aguardando á papá... La vimos apearse del carruaje y pararse á mirar el cuadro; vimos claramente que venía por vos.

—Efectivamente, venía por mí; dice Andrés.

—Estuvimos un momento temiendo que, como tantos otros, prosiguiese su camino asustada ante la idea de vuestro quinto piso. Entonces nos pusimos con nuestros cuatro pares de ojos abiertos á retenerla, á imanarla sin que ella pudiese notarlos. Y tirábamos de ella suavemente por las plumas de su sombrero y los encajes de su abrigo. «Suba Ud., señora, suba;» hasta que por fin entró... ¡Hay tanto imán en unos ojos que quieren bien!

¡Ah! sí, fuerte era el imán que poseía aquella divina criatura, no ya tan sólo en sus miradas de color indeciso, veladas ó sonrientes como el cielo de su París, sino en su voz, en las telas de su vestido. Hasta en el luengo bucle que sombreaba su cuello de estatuita, recto y fino, que atraía por su punta algo enrubiada, vaciada en el flexible molde de su lindo dedo.

Luego de servido el te, y mientras los tres caballeros acababan de conversar y de beber—papá Joyeuse solía entretenerse en cuanto hacía, gracias á sus castillos en el aire,—las jóvenes volvieron á traer sus labores, la mesa quedó cubierta de canastillas de mimbre, de cañamazos, de bonitas lanas que con sus tonos brillantes rejuvenecían las flores ya marchitas del viejo cobertor, y con gran

contentamiento de Pablo de Géry volvió á formarse en el circuito luminoso de la pantalla el grupo de la otra noche. Era la primera velada de aquella índole que de Géry pasaba en París, y por ella volvían á su memoria otras más lejanas, acariciadas por idénticas sonrisas inocentes, y un grupo de rostros adorados, por siempre desaparecidos, y que, como éstos, se apiñaban en torno de la lámpara de familia apagada ¡ay! tan bruscamente.

Iniciado una vez en intimidad tan encantadora, ya no la dejó más: desde entonces dió su lección entre las jóvenes, y fué atreviéndose hasta á conversar con ellas cuando el maestro cerraba su gran libro. Allí descansaba de la vida frenética á que le lanzaba la aparatosa sociabilidad de Jansoulet; allí, en aquella atmósfera de simplicidad, de honradez, iba á rehacer sus quebrantadas fuerzas, y aun á buscar una medicina contra las heridas con que una mano, más que cruel indiferente, le acribillaba sin piedad el corazón.

«Unas mujeres me han aborrecido; otras mujeres me han amado. La que más daño me hizo, jamás sintió por mí ni amor ni odio.»

Pablo había encontrado una mujer como esta de que habla Enrique Heine. Felicia le trataba con toda la cordialidad y todo el afecto apetecibles. Á nadie hacía más buena cara que á él. Para él tenía reservada una sonrisa particular en la cual se dejaba sentir la benevolencia de un artista que se fija en un tipo de su gusto, y la satisfacción de un espíritu hastiado que se recrea en lo nuevo por sencillo que parezca. Agradábanle sobremanera su reserva, chocante en un meridional, y la rectitud de su criterio.

Con él se veía libre de esos cumplidos de compadre por la limpieza con que sabía sacudirse las moscas de encima, de esos desmayos de admiración, esos «¡divino!... ¡precioso!» con que la sobaban los almibarados pollitos. A lo menos aquél echaba por otros atajos. Le había bautizado con el sobrenombre de Minerva, por su tranquilidad aparente, por la corrección de su perfil, y, en cuanto le veía,

—¡Ah! ¡ah! ahí está Minerva... Salve, hermosa Minerva. Venga el casco y hablemos.

Pero ese tono familiar, fraternal casi, demostraba al joven la inutilidad de su amor. Comprendía de sobra que no había de entrar más adentro en aquella camaradería femenina en que faltaba por completo la ternura, y que iba perdiendo cada día el encanto de lo imprevisto á los ojos de aquella aburrida de nacimiento que parecía haber vivido ya toda su vida y sentía en cuanto oía ó veía la insipidez de lo acostumbrado. Felicia se hastiaba. Sólo su arte era capaz de distraerla, elevarla y de transportarla á una región de deslumbradora magia, de la cual volvía rendida de todo punto, asombrada cada vez de aquel despertar que semejava una caída. Durante esas huelgas artísticas en que la idea ausente deja caer yerta la mano en el instrumento, Felicia, privada del único nervio moral de su espíritu, se volvía hosca, regañona, de una impertinencia inaguantable, desquite de las pequeñeces humanas contra los grandes cerebros postrados. Luego que había henchido de lágrimas los ojos de cuantos la querían, agotado los recuerdos penosos ó las inquietudes enervadoras, llegado al fondo brutal y cenagoso de su tedio, entonces, como que aun las cosas más tristes tenían siempre en ella sus visos de rareza, evaporaba cuanto le restaba de fastidio en una especie de grito de fiera aburrida, un bostezo-rugido que ella denominaba «el grito del chacal en el desierto,» y que hacía palidecer á la buena Crenmitz sorprendida en la inercia de su quietismo.

¡Pobre Felicia! Su vida era en realidad un horrible desierto cuando el arte no la animaba con sus espejismos, desierto desolado y llano en el cual todo se perdía, todo se nivelaba en la misma inmensidad monótona. Pablo sentía ese vacío, quería huir de él, pero algo le retenía, como el peso que desdobra una cadena; y apesar de las calumnias que hasta él llegaban, á pesar de las extravagancias de aquella singular mujer, deteníase deliciosamente junto á ella, á reserva de no ganar en tan prolongada contemplación amorosa más que la desesperación del creyente reducido á adorar tan sólo mentidos simulacros.

Aquella barriada perdida donde soplabá el viento con tanta fuerza sin conseguir por ello desviar la llama que subía blanca y recta, aquel círculo de familia que presidía la Mamita, eran su lugar de refugio. ¡Oh! la Mamita no se aburría nunca, nunca lanzaba el grito del «chacal en el desierto.» Su vida estaba demasiado repartida para ello; un padre á quien animar, á quien sostener; unas niñas cuya educación corría de cuenta de ella; los cuidados materiales de una casa donde falta la madre; esas preocupaciones que despiertan con el alba y se duermen con la noche, si es que el sueño no las hace revivir. No había en ella la hija que se mata trabajando para mantener á sus padres, que entierra los días en el taller, que olvida con la agitación del oficio los apuros de su casa. No, ella había entendido su misión de distinta manera: abeja sedentaria que ciñe sus tareas al interior de la colmena, sin el más insignificante revoloteo por fuera, al aire libre y entre las flores. Mil y una atribuciones: modista, sastra, zurcidora, hasta cajera, porque M. Jozeuse, incapaz de toda responsabilidad, le dejaba la libre administración de la renta; profesora de piano, institutriz...

Como acontece en las familias que han comenzado por una regular posición. Alina, en su calidad de primogénita, había sido educada en uno de los mejores colegios de París. Elisa había estado dos años á pensión con ella; pero las dos últimas, llegadas demasiado tarde, no habían hecho sus estudios más que á medias, y no es asunto de poca monta el completárselos, porque la menor se reía por cualquier cosa, con esa risa tendida, sana, infantil, gorjeos de alondra ebria de trigo verde, y echaba á volar hasta perderse de vista, lejos del pupitre y de los métodos, al paso que la señorita Enriqueta, acosada continuamente por sus ideas de lujo, por su afición al gran tono, no mordía tampoco de muy buena gana el cebo del trabajo. Esta última, de quince abríles, que heredara parte de las propensiones imaginativas de su genitor, tenía ya trazado de antemano el plan de su vida, y declaraba formalmente que no daría su mano más que á un título, ni pasaría de los tres hijos, diciendo siempre:

—Un chico para el apellido, y dos niñas... para vestir-las como princesas.

—Bien, bien, decía la Mamita; las vestirás como prince-sas. Mientras tanto, á ver los participios.

Pero la que se le lleva más ratos era Elisa, con su exa-men tres veces sufrido sin resultado, suspensa siempre de Historia y siempre preparándose, llena de un susto y de una poca confianza en sí misma tan extremados, que zarandeaba y abría su *Compendio de historia de Fran-cia* en todas partes; pero crecida ya y muy bonita, había perdido esa memoria mecánica de la niñez en la cual se incrustan por toda la vida las fechas y los sucesos. Dis-traída por otras preocupaciones, la lección se le iba en un minuto á pesar de su boca de rosa repitiendo diez ve-ces consecutivas con leve temblor de atención:

—Luis llamado *el Hutin*, 1314-1316.—Felipe V, llama-do *el Largo*, 1316-1322... 1322... ¡Ah! Mamita, estoy perdi-da... No las sabré nunca...

Entonces intervenía Mamita y la ayudaba á sentar la cabeza, á almacenar unas cuantas de esas fechas de la Edad Media bárbaras y puntiagudas como los cascos de los guerreros de la época. Y todavía, en los intervalos de esas múltiples tareas, de esa vigilancia general y constante, encontraba modo de compaginar tal cual monada, de sacar de su canastilla de labores alguna puntilla de crochet, ó la tapicería comenzada que, como Elisa su historia de Francia, no abandonaba nunca. Hasta en conversación sus manos no paraban un minuto.

—¿Pero no descansáis nunca? le decía de Géry mien-tras ella cantaba á media voz los puntos de su tapicería: «Tres, cuatro, cinco,» para cambiar los matices de la lana.

—Si esto no es trabajar, contestaba ella... Los hombres no pueden comprender cuán útil es para la imaginación de las mujeres el trabajo de aguja. Este trabajo regulari-za el pensamiento, fija por medio del punto el minuto que pasa y lo que consigo se llevaría este minuto... Esto no me priva de atender á cuanto sé habla en torno mío; de escucharos aún mejor que si estuviese mano sobre mano... Tres, cuatro, cinco...

¡Oh! sí, y mucho que escuchaba. Claro se veía en la

animación de su rostro, en la manera como de pronto se ponía tiesa, la aguja en el aire, la lana apretada á su me-ñique levantado. En seguida volvía á su tarea, no sin pro-ferir á veces una expresión atinada y profunda, que por lo común concordaba con el modo de pensar del amigo Pablo. Cierta analogía de carácter, deberes y responsa-bilidades semejantes, atraían recíprocamente á los dos jó-venes, y hacían que se tomasen interés por sus mutuas preocupaciones. Ella conocía el nombre de los dos her-manos de él, Pedro y Luis, sus proyectos para el porve-nir de los mismos en cuanto saliesen de colegio... Pedro quería ser marino... «¡Oh! no, marino no; decía Mamita: vale más que se venga á París á vuestro lado;» y como él no le ocultase que París le daba miedo por sus herma-nos, burlábase ella de sus temores, llamábale provincia-no, llena de afecto por el lugar en que había nacido, en que había crecido castamente, y al cual debía en cambio esa prontitud, ese refinamiento de carácter, ese buen hu-mor burlón que dan pie á creer que París con sus lluvias, con sus nieblas, con su cielo, que no es tal el cielo, es la verdadera patria de las mujeres, cuyos nervios procura no irritar y cuyas condiciones de inteligencia y de pa-ciencia desarrolla por todo extremo.

Cada día veía aumentar el afecto de Pablo de Géry por Alina—era el único de la casa que la llamaba así,—y, co-sa rara, Felicia fué quien acabó de anudar la intimidad que les unía. ¿Qué relaciones podían mediar entre aque-lla hija de artista, lanzada á las regiones del gran mundo, y esa modesta doncella perdida en el fondo de un arra-bal? Relaciones de infancia y de amistad, comunidad de recuerdos, el gran patio del colegio Belin, donde habían jugado juntas tres años consecutivos. París está lleno de conexiones de esa índole. Un nombre soltado al azar de la conversación, suscita de repente esta pregunta estu-pefacta:

—¿De modo que la conocéis?

—¿Que si conozco á Felicia?... nada menos que éramos vecinas de pupitre en primera clase. Teníamos el mismo jardín. Buena muchacha, hermosa, despejada...

Y observando el placer con que era oída, Alina recor-

daba aquella época tan cercana, que empezaba ya á constituir para ella un pasado encantador y melancólico, como todos los pasados. ¡Pobre Felicia! ¡y cuán sola vivía! El jueves, cuando las llamaban al locutorio, nadie preguntaba por su nombre; sólo de vez en cuando una buena señora algo ridícula, una ex-bailarina, según decían, á la cual Felicia llamaba la Hada. Tenía un mote para cada una de las personas de su devoción, á las cuales su imaginación se complacía en metamorfosear. Durante las vacaciones seguían viéndose. La señora Joyeuse, aunque sin querer que Alina fuese al taller de M. Ruys, convidaba muchas veces á Felicia á pasar días enteros en su casa, días que hacían más que breves las labores, la música, los ensueños á dos, las juveniles divagaciones.

—¡Oh! y cómo me gustaba oírle hablar de su arte con aquel calor que ponía en todo... ¡Cuántas cosas comprendí, gracias á Felicia, de que nunca hubiera llegado á formarme ideal! Aún hoy, cuando vamos con papá al Louvre ó á la exposición del primero de Mayo, aquella emoción especial que producen una buena escultura ó un buen cuadro me traen al punto á Felicia á la memoria. En mi juventud ella representa el arte, y esta representación sentaba perfectamente á su hermosura, á su manera de ser, en la cual sentía yo algo que me era superior, que me remontaba muy arriba sin intimidarme... De pronto dejó de venir á verme... Le escribí y no me contestó... Luego ha venido para ella la gloria, para mí los grandes pesares, los deberes absorbentes... Y de toda esa amistad, á pesar de ser tan profunda, como que no puedo recordarla sin... «tres, cuatro, cinco...» no quedan más que antiguas memorias que revolver como una especie de ceniza apagada...

Inclinada á su sabor, la animosa joven proseguía con ahinco su tarea de contar los puntos, de encerrar sus penas en los caprichosos dibujos de su tapicería, mientras de Géry, conmovido por el contraste entre el testimonio de aquellos labios sin mancilla y las calumnias de cuatro mozalvetes calabaceados ó camaradas celosos, sentíase rehabilitado, restituido al orgullo de su amor. Tan suave le pareció esa sensación, que volvió á buscarla muy á

menudo, no ya sólo las noches de lección, sino otras noches, y que llegaba á olvidarse de ir á ver á Felicia por el placer de oír á Alina hablar de ella.

Una noche, al salir de casa Joyeuse, Pablo se encontró en la escalera con el vecino, con Andrés, que le estaba aguardando, y que le cogió por el brazo febrilmente.

Mr. de Géry, le dijo en voz nerviosa, con ojos que fulguraban detrás de sus lentes, lo único que la obscuridad dejaba ver de su rostro, vengó á pedirnos una explicación. ¿Queréis subir conmigo un instante?...

No había entre el joven y él más relaciones que las superficiales de dos contertulios de una misma casa, ajenos á toda otra conexión, y que por añadidura parecen como repelidos por cierta antipatía ingénita, por cierto antagonismo de carácter. Así, ¿cuál podía ser la explicación entre ambos pendiente? De Géry le siguió por extremo intrigado.

El aspecto del pequeño taller aterido bajo su techo de cristales, la chimenea desnuda, el viento que soplaba como en el exterior y hacía oscilar la bujía, única luz de aquella vela de solitario y de pobre, reflejada en unas cuantas cuartillas desparramadas y llenas de garabatos, aquella atmósfera, en fin, de lugar habitado donde se respira el alma de su morador, dió desde luego á Géry la clave de las maneras bruscas de Andrés Maranne, de sus luengos cabellos echados hacia atrás y flotantes, de aquel aire algo excéntrico, harto excusable cuando se paga con una vida de sufrimientos y privaciones, y al punto se sintió atraído por la simpatía hacia aquel animoso joven cuya enérgica altivez adivinó de una ojeada. Pero el otro estaba demasiado conmovido para parar mientes en semejante evolución. Así que hubo cerrado la puerta, con el acento del galán de teatro al encararse con el infame seductor, dijo:

—Señor de Géry, yo no soy aún ningún Casandro...

Y ante el asombro de su interlocutor, prosiguió:

—Sí, sí, nos entendemos... Comprendo perfectamente qué es lo que os trae á casa de Mr. Joyeuse, y no se me oculta la buena acogida que allí merecéis... Vos sois rico, sois noble, no hay duda posible entre vos y el pobre poe-

ta que ejerce un oficio ridículo para aguardar á que llegue el día del triunfo, día que tal vez no llegará nunca... Pero yo no me dejaré robar la felicidad... Nos batiremos, sí; señor nos batiremos: repetía, exaltado por la pacífica calma de su rival... Hace mucho tiempo que amo á la señorita Joyeuse... Este amor es el objeto, la alegría y la fuerza de una existencia bien dura, bien infeliz por muchos conceptos. Sólo este amor tengo en el mundo, y antes la muerte que renunciar á él.

¡Rarezas del alma humana! No era á la encantadora Alina á quien amaba Pablo. Su corazón pertenecía á otra. Pensaba en aquella como se piensa en una amiga, en la más adorable de las amigas. ¡Pues bien! La idea de que Maranne se ocupaba de ella; la idea de que probablemente ella no era refractaria á esas amorosas atenciones, produjo en él un escalofrío de celoso despecho, y no sin marcada vivacidad de tono preguntó si la señorita Joyeuse tenía noticia de los sentimientos de Andrés, y si en esta ó en la otra forma le había autorizado para proclamar de aquella suerte sus derechos.

—Sí señor; la señorita Elisa sabe que la amo, y antes de vuestras frecuentes visitas...

—Elisa... ¿es á Elisa á quien os referís?

—¿Pues á quién si no?... Las otras dos son demasiado niñas.

Aquél sí que había entrado de lleno en las tradiciones de la familia. Para él, los veinte años, la gracia triunfante de Mamita, quedaban eclipsadas tras de su sobrenombre lleno de respeto y de sus atribuciones providenciales.

Tranquilizado Andrés Maranne por las breves explicaciones que mediaron entre ambos, pidióle mil perdones, le hizo sentar en el sillón de madera labrada destinado á sus clientes, y pronto su conversación tomó un sesgo de intimidad y simpatía, natural después de la confesión á boca de jarro que le diera principio. Pablo confesó á su vez que también él estaba enamorado, y que si iba tan á menudo á casa de Mr. Joyeuse era para hablar de la que amaba con Mamita, quien había sido en otro tiempo amiga de ella.

—Exactamente como yo, repuso Andrés. Mamita es mi

confidenta, pero no nos hemos atrevido todavía á decir nada á su padre. Mi posición es demasiado insignificante... ¡Ah! cuando hayan puesto en escena mi *Revolución*... ¡ Con cuya ocasión hablaron de ese famoso drama *Revolución* en que estaba trabajando día y noche desde hacía seis meses, que le había ayudado á pasar el invierno; invierno más que crudo, pero cuyos rigores atenuaba la magia de la composición en aquel pequeño taller por ella transformado. Allí, en aquel estrecho aposento, era donde el poeta había visto aparecer los héroes todos de su drama, todo el lujo soñado del aparato escénico, y al propio tiempo, el glorioso tumulto de aquella primera noche cuyos aplausos se le representaban en el ruido de la lluvia que azotaba los cristales de su taller, en el golpear de las tabletas contra la puerta, mientras el viento que cruzaba por entre los escombros del barrio demolido sembraba el rumor de los pasillos al dilatarse por los palcos abiertos, haciendo cundir el éxito que se cierne victorioso sobre las parlerías y el asombro de la concurrencia. Y no era sólo gloria y dinero lo que debía de valerle aquella obra, sino algo más preciso todavía. De ahí el cuidado que ponía en hojear los cinco voluminosos cuadernos de su manuscrito, vestidos todos de cubiertas azules, por el estilo de los que la levantina tenía tirados en el diván de sus siestas y que rasgueaba con su lápiz dictatorial.

Al acercarse Pablo á la mesa con el objeto de examinar la obra maestra, llamóle la atención un retrato de mujer con marco riquísimo, que, colocado cerca del pupitre del artista, parecía estar allí de intento para presidir su trabajo... ¿Elisa sin duda?... ¡Oh! no; Andrés no tenía todavía el derecho de sacar el retrato de su dulce prenda de la compañía protectora que la rodeaba... Era una mujer de unos cuarenta años, de aspecto apacible, rubia y elegantísima. Al verla, de Géry no pudo contener una exclamación.

—¿La conocéis por ventura? dijo Andrés Maranne.

—Ya lo creo... La señora Jenkins, la esposa del doctor irlandés. Este invierno he cenado en su casa.

—Es mi madre...

Y el joven añadió en voz más queda:

—La señora Maranne casó en segundas nupcias con el doctor Jenkins... Os sorprenderá ¿no es cierto? verme en tan pobre estado mientras mi familia vive en tanta opulencia... Pero, lo sabéis tan bien como yo... lo azares de familia ponen á veces en contacto temperamentos tan diversos... Mi padrastro empeñado en hacer de mí un médico, y yo en no tener otra afición que la de escribir. En tal conflicto, y para evitar rencillas de que siempre era víctima mi madre, preferí abandonar su casa y seguir mi camino solo, sin ayuda de nadie... ¡La prueba fué dura! No tenía dinero... Toda la fortuna es de ese... de Jenkins... Era forzoso ganarse la vida, y no ignoráis cuán difícil es esto para personas que como nosotros se llaman instruidas... En todo ese bagaje de lo que se ha dado en llamar una educación completa, lo único que encontré fué este fuego de niños, con ayuda del cual podía esperar algún recurso. Mis pocos ahorrillos, ahorros de hijo de familia, me sirvieron para adquirir los enseres más indispensables, y vine á establecerme aquí, en este extremo de París, para no servir de estorbo á mis padres. Sea dicho en confianza, paréceme que no voy á hacer fortuna con la fotografía. Los primeros tiempos, sobre todo, fueron tremendos... No venía alna viviente; y si por casualidad se dejaba caer algún infeliz, me lucía tanto que se me diluía por el clisé en una mezcla confusa y descolorida como un espectro. Un día, muy al principio, llovióme un cortejo nupcial en pleno: la novia vestida toda de blanco, el novio con un chaleco, pero ¡qué chaleco!... y todos los invitados con su guante blanco, empeñados en que les saliese en el retrato, sin duda por lo raro de la cosa... No sé cómo no me volví loco... Lo menos les retraté veinte veces, mientras hubo un rayo de luz solar. No se fueron hasta la noche, para ir á comer. Figuraos un día de boda pasado en una fotografía.

Mientras Andrés le contaba, con ese buen humor, los tristes lances de su vida, Pablo recordaba el exabrupto de Felicia sobre los bohemos, y cuanto había dicho á Jenkins acerca de la briosa exaltación de aquellas almas sedientas de privaciones y de pruebas. Pensaba también en la pasión de Alina por su querido París, del cual no cono-

cía él sino las excentricidades malsanas, mientras que la gran ciudad escondía en sus repliegues tanto heroísmo ignoto, tanta ilusión nobilísima. Esta impresión, que había sentido ya al abrigo de la gruesa lámpara de los Joyeuse, volvía á sentir ahora, más viva acaso en aquel ambiente no tan abrigado, no tan tranquilo, donde el arte ponía de más su incertidumbre desesperada ó gloriosa, y no sin emoción escuchaba lo que Andrés Maranne le decía de su novia, de la larga prueba que tenía en perspectiva, de la fotografía difícil, de todo ese imprevisto de su existencia que había de cesar «cuando le hubiesen puesto *Revuelta* en escena,» y el poeta se sonreía de una manera encantadora al mentar aquella esperanza formulada tantas veces, y de la cual era el primero en burlarse como para quitar á los demás el derecho de hacerlo.

